

SUSANA ROTKER. *Captive Women. Oblivion and Memory in Argentina*. Jennifer French, trad. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002.

Publicada dos años después de la inesperada muerte de su autora, esta excelente traducción se une a la publicación, también póstuma, de *Ciudadanías del miedo* (Caracas: Nueva Sociedad, 2000) que Rotker editara en Venezuela, para cerrar una obra que justamente con estos dos textos parecía abrirse a un nuevo e importante nivel de madurez intelectual. Mientras el texto venezolano, que contaba con una espléndida introducción de Rotker, exploraba el fracaso de algunas de las formas contemporáneas de ciudadanía en el norte del subcontinente, *Captive Women* se aboca a la investigación de la construcción discursiva de la nación en Argentina. Más específicamente del juego de memoria y olvido que, desde Ernest Renan en adelante, caracteriza nuestra comprensión de lo que Benedict Anderson llamara el estilo en que las naciones se imaginan a sí mismas. Al menos tres factores confluyen como inspiración del esfuerzo de Rotker: su condición de descendiente de judíos inmigrantes, o más específicamente el contraste entre su Venezuela natal –que se imaginaba “un país joven” (16)– y la larga tradición diaspórica judía; el efecto des/familiarizador que su relación con el escritor argentino Tomás Eloy Martínez y su conocimiento sobre la cultura rioplatense le proporcionara a la hora de su llegada al país y, finalmente, la historia contemporánea a esa llegada, marcada por los primeros esfuerzos por recuperar la verdad sobre los detenidos desaparecidos y enjuiciar a los culpables en la dictadura militar que se inicia en 1976.

El objetivo del libro es explorar las formas de la ausencia –los negros, los indios mismos, pero sobre todo las mujeres cautivas– en el relato nacional argentino, leyéndolas como el reverso espectral de una discursividad sospechosa en su homogeneidad monolítica. Para establecer esta poética de la memoria argentina, Rotker señala ya en la introducción y con la ayuda de Sande Cohen y Matt Matsuda dos postulados centrales: primero, la cuestión de por qué entra o no entra un fenómeno determinado en la forma de escritura nacional que llamamos historia; en segundo lugar, que el reestablecimiento de la justicia que se merecen quienes han sido olvidados en esa narrativa sólo puede surgir de la convicción de que dicha historia es incierta y conflictiva. A ello habría que agregar un corolario no por obvio menos necesario de estos principios: que la memoria del pasado se construye en la articulación que de ella realiza el presente y que esta tarea es una lucha en que la crítica cultural puede y debe desempeñar un rol importante. A partir de allí y en el mejor espíritu de la historia subalterna, Rotker se dedica a tejer desde el envés de la trama del discurso dominante en la Argentina, es decir desde el reverso de su supuesta homogeneidad racial blanca, el relato parcial pero subversivo que cuentan sus negaciones, silencios y represiones. ¿Qué pasa con la nación cuando en vez de imaginarla desde la posición dominante, masculina, blanca y europeizante base de la gran polaridad fundante de la civilización y la barbarie, se la articula desde el espacio mestizo e “impuro” que la historia de las mujeres “blancas” cautivas de los indios en el “desierto” argentino obliga a considerar?

La versión en inglés que reseñamos tiene algunas particularidades. Es primero, y como era de esperarse en la magnífica serie de traducciones de estudios latinoamericanos en que el libro de Rotker aparece en la University of Minnesota Press, una excelente

traducción del original. En una acertada decisión editorial se nos ofrecen siempre, en el caso de las citas de material primario, tanto la versión traducida como su original. La traductora sigue muy de cerca el ritmo de la prosa de Rotker y logra en ello un alto grado de resolución de la ecuación fidelidad/comunicabilidad. *Captive Women* tiene un capítulo más que el original español. Ello se debe a la separación del capítulo 6, “Voces de la Frontera. La Ética de la representación: Textos Cautivos”, en dos capítulos diferentes en inglés: el sexto, “Captive Texts: The Ethics of Representation”; y el séptimo, “The Story of a Journey with No Return”. Volveré luego sobre esta diferencia.

Tras la introducción (Contra el Olvido/Against Oblivion) el libro se ordena en siete capítulos que explorarán varios textos canónicos en contrapunto con otras escrituras mucho menos conocidas. Desde *La Cautiva* de Esteban Echeverría (1837) hasta *Una Excursión a los indios Ranqueles* de Lucio V. Mansilla (1870) –pasando por las *Memorias del ex-cautivo Santiago Avendaño* (1850-1860), las cartas de algunos protagonistas de la vida en la Frontera, las diversas versiones de la leyenda de Lucía Miranda y varias representaciones iconográficas– se hilvana una sagaz meditación sobre las exclusiones y las inclusiones del relato nacional que busca tanto abrir la puerta hacia una Argentina posible como dimensionar el camino que lleva desde la Civilización de la generación de Mayo a la barbarie de la dictadura militar de Videla. En este trazado, Rotker declara con franqueza los aportes y límites de su estudio. No reclama el valor de la investigación original de archivo (dándole amplio crédito a los múltiples investigadores que han permitido su trabajo), ni el de la pionera (que reconoce en la obra de Cristina Iglesias por ejemplo) aunque sí nos dice algo de las numerosas dificultades que tuvo que vencer para componer su texto. Sus abundantes notas son escrupulosas y constituyen también un modelo de trabajo intelectual en las Américas. Aunque Rotker se mueve con facilidad entre la tradición norteamericana, en donde abundan los relatos conservados de cautivas, y la argentina, en que prácticamente no existen, resiste valientemente la tentación de reemplazar este vacío con aquella abundancia. Aunque ese proyecto sería de suyo estimable, no era el de Rotker, al menos no en este libro. Aquí, como en un cuento de Borges, Rotker ha decidido salir al afuera (o “el otro lado/the other side” (17)) y enfrentar el silencio para hacerlo hablar la historia que ha acallado. Aunque no hay relatos recuperados de cautivas, no puede decirse que no haya información sobre ellas. Las fuentes, aunque de difícil acceso, existen. Se trata entonces no tanto de la ausencia de información sino del vacío notable que representan en la memoria histórica argentina que se ha negado a incorporar esos datos en su registro identitario. Contra el olvido y las ausencias en esa memoria oficial se escribe esta meditación que quiere inscribirse menos en la tarea de descubrir materiales nuevos que en la de pensarlos con preguntas nuevas. Preguntas que sean capaces de interrogar y desnaturalizar el relato dominante sobre la argentinidad.

El esfuerzo comienza con un capítulo dedicado a establecer el cuerpo de la cautiva como un espacio social en que se inscriben varios discursos. Se enfrentan en dicho cuerpo la realidad de la mezcla racial y cultural con el discurso de la pureza, la hibridez efectiva con el tabú de la contaminación. Entendemos aquí la pregunta que Rotker se hace en la Introducción: ¿por qué las cautivas? Porque ellas representan en la realidad histórica y como posibilidad discursiva, una alternativa al proyecto letrado liberal: “The cohabitation

of whites and Indians threatened the integrity of traditions and identities [...] The captive woman –and her body as metaphor for social space– was an expression of the signifying and founding system [...] She herself became taboo because of the forbidden racial contact, taboo because the Miranda of the pampa had crossed a cultural frontier and to understand her would oblige the lettered elite to rethink its project of development” (37). La cautiva se torna así en Rotker en una suerte de aparato deconstructivo de los mitos fundantes de la nación. Estudiarlas significa no sólo reponer su presencia histórica sino entender cómo y por qué fueron construidas ideológicamente para “decir” otra cosa, diferente a lo que su experiencia podría habernos legado si hubiésemos gozado del beneficio de sus voces. Doble silenciamiento entonces, el del olvido fáctico y el de la ventriloquía ideológica. Para contrarrestarlo, Rotker propone una lectura “neocolonial” de *La Tempestad* shakespeariana, en la cual, a diferencia de la versión clásica de Roberto Fernández Retamar, se recupere y nacionalice la tensión entre Próspero, Ariel y Calibán de un lado, y Miranda, del otro: “What to do, then, with the Mirandas of reality, those who after the kidnapping shared Calibán’s bed?” (27).

El capítulo siguiente, “Las cautivas no tienen dolientes: los militares/No One Mourns for Captives: The Soldiers”, investiga la Frontera como un espacio de contagio e intercambio reales en donde los desplazados por el proyecto dominante encuentran su refugio: no sólo los indios, sino los gauchos aindiados, las mujeres que acompañan a los soldados y las cautivas. En este contexto, las cautivas olvidadas representan varios desafíos radicales al proyecto liberal patriarcal. Su contacto carnal con los indios establece el sexo y el goce potencial de la mujer blanca con el Otro-indio, la correspondiente existencia de niños mestizos, el cuerpo mismo de la mujer cautiva como un espacio y una escena en que las fantasías y temores del hombre blanco se despliegan. Su respuesta: el olvido, la negación. A diferencia de la tradición puritana de cautivas en los Estados Unidos en donde el cautiverio de la mujer blanca fue incorporado al relato nacional, afirmándolo, por la vía de su ligazón con el discurso religioso (una prueba de Dios a los pioneros embarcados en la colonización); en la Argentina el destino de las cautivas fue en su momento la sospecha: prostitutas gozadoras si se quedaban en la “barbarie” de los indios y mujeres marcadas por el contagio si volvían a la “civilización”.

El cuarto capítulo, “Cuerpos de la frontera: *La Cautiva* de Esteban Echeverría/ Frontier Bodies: Esteban Echeverría’s *La Cautiva*”, examina un texto canónico para leer en él la inscripción de una topografía ideológica que concebirá a la pampa, al desierto, como el afuera vacío del proyecto urbano liberal. Para este proyecto, las montoneras de Rosas serán tan amenazantes como los indios, y la cautiva sólo podrá existir cuando haya sido controlada por su muerte sacrificial. La mujer de carne y hueso, la mujer que ha habitado la zona de contacto debe desaparecer para dejar su lugar a la imagen de la mujer pura, cristiana y familiar: “Against the background of the body of the captive, the map of the abject and the discourse of progress are drawn; upon her (textual, pictorial) body the identity of what we are not and do not wish to be is constructed” (97).

El capítulo cinco, “El Regreso de lo reprimido. Las Escritoras/ The Return of the Forbidden: The Women Writers”, explora las varias versiones elaboradas por mujeres escritoras del siglo XIX (Rosa Guerra, Eduarda Mansilla, Celestina Funes) de la leyenda colonial de Lucía Miranda y las contrasta con otras varias versiones masculinas,

especialmente la de Miguel Ortega (1864), para descubrir en las dos primeras una cierta fisura romántica y femenina del mito de la violación de la mujer blanca a manos del indio.

El capítulo seis del original español (“Voces de la frontera. La Etica de la representación. Textos cautivos”) ha sido, como señalamos, desdoblado en dos capítulos en inglés (“Captive Texts: The Ethics of Representation” y “The Story of a Journey with no Return.”) Las versiones traducidas son, en este caso, más que simples traducciones pues se trata en realidad de traslaciones de nuevas versiones ampliadas y mejoradas del capítulo español original. Puesto que nos referimos a los que probablemente sean dos de los mejores capítulos del libro, resulta recomendable la consulta de esta versión inglesa aun para aquellos que puedan o prefieran leer el original. La expresión “Etica de la representación” se refiere a la construcción del Otro-indio y de la frontera como espacios límites del discurso civilizatorio e insiste tanto en una comprensión más adecuada de la frontera como espacio de intercambios (especialmente comerciales) cuanto en los cuerpos de los cientos de mujeres cautivas como amenaza epistemológica a la estabilidad del discurso nacional dominante. “The Story of a Journey with no Return”, por su parte, analiza brillantemente un texto completamente nuevo: la reciente edición de 1999 de las *Memorias del ex-cautivo Santiago Avendaño* escritas entre 1850 y 1860. Mas que descubrir en este texto fascinante el simple reverso o el opuesto simétrico del discurso dominante, Rotker se esfuerza por mostrar su forma específica de alternatividad cristiana. Avendaño, que ha vivido por años con los indios para luego convertirse en una suerte de embajador y negociador entre los dos pueblos, representa en su vida y en su discurso otra posibilidad de coexistencia entre ellos. Aunque su relato permaneciera perdido por años, Avendaño “would have been one of the great figures of Argentine history, as a negotiator who allowed civilization to advance in a direction that also included the Indians” (144). Avendaño no contradice la lógica dominante con “la verdad sobre los indios” sino que poderosamente desarma la lógica dualista en la que ellos aparecen siempre como la barbarie mientras los blancos son la civilización.

El último capítulo, “Noticias de un mundo que se acaba. *Una Excursión a los indios Ranqueles* de Lucio V. Mansilla/News of a Dissapearing World”, analiza este texto canónico desde una de las hipótesis que gobierna todo el libro de Rotker en su afán de investigar las representaciones relacionales del polo dominante/presente y el dominado/ausente: “The apparent contradiction between the two truths of *Una excursión* (the text gives voice to the *Other* / the text appropriates the voice of the *Other*) ultimately finds a space of resolution because, in the larger view, the objective of the lettered elite is not to represent the Indians, but rather to define the modern, urban, Argentine us” (156).

Cómo terminar esta reseña de un libro importante sin referirse también al dolor que la ausencia de la propia Susana ha dejado en quienes fuimos sus colegas y amigos. Mi esfuerzo de imparcialidad debe entenderse como un mínimo pero merecido homenaje al poder de su discurso para transformar esa ausencia en el valor permanente de su presencia intelectual en el campo cultural latinoamericano.